

Theodor Kallifatides

Otra vida por vivir

Traducción del griego moderno
de Selma Ancira



Galaxia Gutenberg

THEODOR KALLIFATIDES

Otra vida por vivir

Traducción del griego moderno
de Selma Ancira

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *Μια ζωή ακόμα*
Traducción del griego moderno: Selma Ancira Berny

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2019

© Theodor Kallifatides, 2018
© de la traducción: Selma Ancira, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 6395-2019
ISBN: 978-84-17747-15-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

El año pasado, en invierno, unos cuantos días antes de Navidad, me invitaron a un acto literario panescandinavo en Helsingborg, la segunda ciudad más grande del sur de Suecia, con unos cien mil habitantes más o menos.

Estaba muy emocionado. Yo representaba a Suecia y, sentados a mi lado, había buenos y conocidos escritores, dotados además con otras virtudes. La danesa era elegantísima, la noruega muy bella y muy joven, el finlandés-sueco tenía su gracia. Yo era el más viejo de todos, algo que desde hace varios años me ocurre a menudo y que considero un privilegio. La mayor parte de la gente me deja en paz, sólo algunos entusiastas se me acercan para que les firme libros escritos hace veinte o treinta años.

«Vamos envejeciendo juntos», les digo. Hubo una época en que no sólo era el más joven, sino

que además era extranjero y mi apellido generaba problemas.

Me habían llamado Thodorís Theodorakis, Theódoros Kallifatides, Theódoros Kalinjta, Thodorís Kallifatiroides, y de otras formas también. En la escuela mi hijo era conocido como Mark Al Kalif. Mi hija no tuvo problemas quizá porque pronunciaba su apellido con un aplomo absoluto, mientras mi hijo y yo dudábamos, sabíamos que se generaría confusión. No queríamos ver ojos azorados y labios fruncidos cuando decíamos nuestro nombre. Aun hoy, cuando soy presentado con alguien, siempre hago alguna broma sobre mi apellido, por ejemplo, que el último emperador de Trebisonda tenía el mismo apellido, o que significa «el que habla bien» –eso lo utilizo sobre todo después de una conferencia– o, cuando hablo con los vecinos, les comento que viene del verbo calafatear, es decir que significa «aquel que ponía brea en barcas y navíos» porque sé que ellos aprecian el trabajo manual.

El acto se celebraba en el Teatro Municipal de la ciudad, ahí donde antaño se inició la carrera de Ingmar Bergman, y en todos lados había fotografías de sus primeros espectáculos, ahora ya míti-

cos. También había fotografías de él mismo y la verdad es que incluso estas transmitían su pasión, la llama que habitaba en él y su omnipotencia. Sólo él y Károlos Koun me han dado esa impresión de absoluto dominio del espacio. Donde ponían los pies ya no había lugar para nadie más.

De Bergman recibí muchas lecciones. En 1980 hice mi primer y único largometraje basado en mi libro *El amor*. Fue una osadía, pero tenía cuarenta y dos años y sentía que no había obstáculo que yo no pudiera vencer. La compañía de Bergman era la productora y él asistía al rodaje todas las noches.

Al principio estaba entusiasmado; por ahí de la mitad, un poco menos, y al final, decepcionado. No obstante, pensaba que la película aún podía salvarse. Decidió ayudarme a hacer el montaje. Necesité varios días para familiarizarme con su método de trabajo. No soportaba que lo importunaran. Si alguna vez lanzaba yo un suspiro porque me había olvidado de respirar, me decía: «¿Qué haces suspirando todo el tiempo como un fuelle?». Decidí dejarme la perilla y me espetó: «¿Acaso crees que con esa barbita no te van a reconocer por la calle?».

Cada mañana nos sentábamos el uno al lado del otro y Bergman, desde el primer momento, se concentraba como un torero a punto de enfren-

tarse con el toro más peligroso de su vida. Lo detectaba todo. Las fallas en la iluminación y en la escenografía y, principalmente, que los actores no fueran veraces, que actuaran representando un papel que no era el suyo. ¡Y el responsable era yo!

«He cometido todos los errores que se pueden cometer», me lamenté. «No te aflijas –me consoló–, no todos.»

Cada día aprendía yo algo. Cómo se trama una escena y cómo se termina, cómo debe uno relacionarse con los actores y con los demás colaboradores.

Pero ya era tarde. La película no se salvó. La crítica fue contundente, hundió la película. Estuvo unos cuantos días en cartelera y luego desapareció.

Hasta ese momento la suerte me había sonreído. Cada uno de mis libros había sido un acontecimiento. Vendía miles de ejemplares. Veía a gente leyendo mis novelas en el autobús, en el tren, en los aeropuertos. Muchos lectores me escribían cartas conmovedoras. Las azafatas me pedían autógrafos.

Y de pronto, un bofetón. Fuerte, como aquellos que daba mi abuelo. No me hundí, pero sí caí en una especie de apatía. Un día me topé en la calle con la protagonista de mi película y no la reco-

nocí. Las malas críticas me habían afectado tanto que comencé a tener episodios de amnesia.

Ese año decidí no celebrar la Navidad con mi familia, sino solo, en la casa de campo que tenemos en la isla de Gotland. Quería avenirme con mi fracaso y amistarme con la tristeza de saber que no utilizaría jamás cuanto había aprendido. Pero en eso me equivocaba. Sin que yo me diera cuenta, tanto la experiencia del rodaje como la del montaje de la película acabarían permeando en los libros aún por escribir.

Hice varios intentos poco entusiastas de empezar alguna cosa, pero el resultado era siempre infructuoso. Nevaba constantemente y me era casi imposible salir de casa. Hasta que una tarde me desesperé.

Sabía que con frecuencia Bergman pasaba la Navidad en su casa de campo en la isla vecina. Cuando comenzamos a trabajar juntos hablábamos casi a diario. El primer consejo que me dio fue que pidiera a los actores que no se expusieran al sol durante el verano porque saldrían rojos como cangrejos en el rodaje. En una ocasión me invitó a su cine particular para que viéramos juntos la película *Kaspar Hauser* de Herzog, por la que él sentía especial predilección. A mí me gustó, pero no especialmente, siempre me ha causado

extrañeza el expresionismo alemán. Cometí el error de decírselo. Le molestó sobremanera.

Después del fracaso de la película, se interrumpió todo contacto. Fue una dura lección. Como artista eres lo que eres mientras eres. Luego no eres nada. Ni los perros te ladran cuando pasas. No lo había entendido. Pensaba que la amistad tendría algún valor.

Y así, aquella tarde lo llamé por teléfono.

Él también estaba solo. Su mujer le había cocinado para varios días, y se había ido para estar con sus hijos en Estocolmo. Eso me lo dijo de buen humor, como antes. Y entonces cometí otro error. Le pregunté si le apetecería que habláramos de un libro que me estaba dando vueltas en la cabeza.

No le apetecía.

Esa fue nuestra última conversación.

Espero que el lector no saque la conclusión de que me enfadé o de que sufrí una decepción. Al contrario. Simplemente me pregunté por qué yo no soy así. Por qué evito, en la medida de mis posibilidades, causarle una aflicción a alguien o negarle un gusto.

En ese momento sentí respeto y aún hoy siento respeto por su actitud. No quería interrupciones en su trabajo. Punto y se acabó.

Pero recibí también otra lección. Como artista tienes el deber, tú más que cualquier otra persona, de dar hoy lo que diste ayer. Cualquier intento de renovación es considerado una provocación, casi una insolencia.

Se acabó lo que se daba, decía mi madre. Platón no lo decía así, pero quería decir lo mismo. La permeabilidad de la sociedad actual admite, de alguna manera, que un pobre se vuelva rico o un labrador matemático. Pero Maria Callas no puede volverse Vicky Mosjólú,¹ ni viceversa.

Tras el fracaso de la película, pasé esas Navidades completamente solo en nuestra casa de campo, sin más compañía que la de una zorrita pequeña que llegaba por las noches a pedir algo de comer porque la nieve lo había cubierto todo. Ella rascaba mi puerta, yo le abría y ella me miraba apacible con sus grandes ojos tristes. La llamé *Nina*, como la heroína de Chéjov. Pocos meses después, a comienzos de la primavera, vi su bella cabeza colgada como trofeo en la morada de un cazador. No aguanté, y en un instante en que nadie me veía, la besé y le dije en voz muy baja: «¿Qué te han hecho, *Nina*?».

1. Conocida cantante griega de música popular. (*N. de la T.*)

Pero por el momento, *Nina* vivía y tenía hambre. Yo esperaba durante todo el día su visita, con la compañía única del crepitar del fuego en la estufa. Había comenzado a escribir uno de los libros que más me gustan, pero no voy a decir cuál.

Finalmente había hecho caso al consejo de mi hija, que desde muy pequeña montaba a caballo: «Papá, si el caballo te tira, lo que tienes que hacer es montarte en él de nuevo tan rápido como puedas».

El engalanado público nos recibió si no con euforia, sí con un entusiasmo cálido y moderado. El presentador tenía algo positivo que decir de cada uno de nosotros.

No estuvo mal. Los hicimos reír e hicimos que aplaudieran. La noruega y yo incluso hicimos que afloraran lágrimas a sus ojos. Eran nuestros lectores, personas que nos tenían en sus mesitas de noche, que solían llevar algún libro nuestro en su bolso o su cartera, que nos leían en el autobús cuando iban de casa al trabajo o del trabajo a casa.

Se tiene que ser en extremo insensible para no emocionarse. Aquellas personas eran nuestros mejores amigos. Se entregaban a nuestras pala-

bras, abrían su corazón y su mente a cualquier cosa que tuviéramos que decir, la absorbían como la tierra seca absorbe la lluvia.

La bella danesa lo entendía mejor que el resto de nosotros. Coqueteaba con ellos, cruzaba sus torneadas piernas con desenfado, tenía algo que decir a todos y a cada uno de los que le pedían una dedicatoria y, por supuesto, arrasó en ventas. Pero a mis libros tampoco les fue mal.

Y de pronto todo se acabó.

Escritores y organizadores cenamos juntos, pese a saber que la velada había terminado. Nos dieron nuestros emolumentos en mano, seis mil coronas a cada uno, libres de impuestos gracias a un párrafo sobre la colaboración panescandinava y demás. Aquello fue comentado de todas las formas posibles porque, como decía Oscar Wilde, nadie habla tanto de dinero como los escritores.

La noruega se fue con su esposo que hasta ese momento no había aparecido; lo mismo hizo la danesa. Los otros tres tenían amigos y conocidos en la ciudad y salieron con ellos.

Yo me quedé frente a la ventana de mi habitación que daba al mar, al que más que ver, oía. De pronto me acordé de que mi novela *El amor*, escrita hacía treinta años, comenzaba de una ma-

nera similar. Había empezado a imitar mis novelas.

Soplaba un viento salvaje que, para más inri, se intensificaba en el estrecho entre Suecia y Dinamarca y caía sobre el desdichado Helsingborg como un violador.

Me encontraba en el gran «si» de mi vida. La emigración. ¿Qué vida habría vivido si no me hubiese ido de Grecia? ¿Quién sería? ¿Qué sería? A menudo me lo recordaban los suecos cuando me preguntaban, por ejemplo, si mis libros habían sido traducidos al griego y, si lo habían sido, qué respuesta habían tenido y tenían.

Esas preguntas me molestaban sobremanera. Me habría gustado decir un montón de cosas que no decía porque temía ser considerado un arrogante. La emigración no me había hecho escritor. Yo no era el resultado de determinadas circunstancias sino de la confrontación con ciertas circunstancias, como, por otro lado, lo somos todos. Estaba convencido de que también en Grecia habría escrito, tal vez con otra respuesta o quizá sin respuesta ninguna, pero habría escrito por la sencilla razón de que no tenía otra forma de existir a los ojos de los demás, ni a los míos.

Un buen amigo encontró por casualidad un relato que yo había publicado en el *Panspudastiki*,

un periódico estudiantil de los sesenta. Me lo envió, comentando muy amablemente que en aquellos pinitos ya se sentía mi estilo literario.

También yo lo sentí. Lo que quiere decir que, tras haber superado grandes escollos, escribía en sueco como había escrito en griego desde el principio. Simplemente había conseguido seguir el consejo de mi padre: «No te olvides de quién eres».

Esto no es, por supuesto, del todo verdad. Nadie atraviesa un ancho río sin mojarse los pies, como decían los antiguos. Yo había recibido influjos e influencias, mis opiniones y mis convicciones habían variado, lo que a decir de Nietzsche es un derecho de todo ser humano.

No obstante, el gran «si» continuaba estando ahí. Una habría sido mi vida en Grecia y otra, distinta, era en Suecia. ¿Me arrepentía de haberme ido? No era yo el único que se hacía esa pregunta, me la hacían en cada entrevista que concedía, en cada coloquio en el que participaba, y por el modo en que me lo preguntaban sentía que a muchos –griegos y extranjeros– les habría gustado saber que estaba arrepentido, oírme confesar, por fin, que había vivido una vida equivocada.

Lamentaba haber emigrado, preferiría no haberlo hecho, pero no me arrepentía. ¿De qué me

iba a arrepentir? ¿De mis estudios en Suecia? ¿De la mujer con la que me había casado? ¿De los hijos que tuvimos? ¿De mis amigos suecos?

A pesar de que el hotel tenía ventanas con triple cristal, el viento y las olas se escuchaban y llegué a la conclusión de que pasaría la noche en vela, y no porque el ruido me molestara, sino porque la tempestad me excitaba casi eróticamente. Esa sensación no era ni apremiante, ni del todo genuina. Desde que de adolescente leí *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë, relacioné el amor impetuoso pero desdichado con tormentosas condiciones meteorológicas. Lo mismo había ocurrido con muchas otras cosas en mi vida. Hacía lo que hacía no sólo porque así lo deseaba, sino porque alguien más lo había hecho y lo había escrito. La literatura había dado forma a mi vida casi tanto como las condiciones políticas y económicas de mi época. Sólo que antes yo no me daba cuenta. Lo mismo ocurría con el gran «si» de la emigración. Me fui no sólo porque no encontraba trabajo o porque la presión política era severa, sino porque el hombre que se va, que quema las naves, es alguien muy común. Como aquel que vuelve o aquel que no olvida.